

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA  
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
2008

## NÚMERO 141

## Exhortación de un individuo del colegio de abogados

## EXHORTACIÓN

*Que a los habitantes de México hace un individuo del Ilustre Colegio de Abogados, relator de esta Real Audiencia.*

Paisanos americanos, hermanos europeos, amigos, compañeros, habitantes de México: muchas veces habéis oído las voces más enérgicas, los discursos más elocuentes, los clamores más suaves, con que las autoridades respetables, los prelados celosos, los ministros del santuario os han demostrado los indecibles males a que arrastra la división, y los imponderables bienes a que lleva la unión y fraternidad. Se os ha hecho ver que la gloria de la nación; que la libertad de vuestros bienes, posesiones, familias y personas; que el triunfo cierto sobre el orgullo, la ambición y soberbia; que la exaltación de nuestra santa religión en todo su esplendor y gloria; que el reconocimiento del augusto nombre de Dios; que el deseado momento de la restitución a su trono del más amado de los Monarcas; que el descanso de la cabeza visible de la Iglesia; que todo es cúmulo de felicidades apoyan en nuestra opinión, y por el contrario que toda nuestra desgracia consiste en la división. Todo esto habéis oído, todo lo tenéis bien presente en doctos papeles públicos, en sabios manifiestos, en elocuentes proclamas, en patéticas exhortaciones.

Ahora, recordándolas todas, os quiere hablar un amigo, sinceramente tal, deseoso de nuestro bien, amante del interés común. Sus escasas luces a presencia de las de tanto sabio, se extinguen enteramente. Su limitación de talentos, su pobreza de expresiones, su desapacible estilo, su pequeño discurso, deberían atarle la lengua para sellar sus labios a eterno silencio; pero no podía enmudecer a los estímulos del honor, a los respetos de la

obediencia, y a los sentimiento de su corazón. ¿Callaría a vista del fuego de la rivalidad? ¿sería insensible a la representación de los verdaderos y grandes males de la división, y de los verdaderos y grandes bienes de la fraternidad? ¿Con semblante sereno oiría aunque fuese de lejos el rumor de la desavenencia en sus hermanos, en sus paisanos, en sus amigos, en la tranquila México, en la fidelísima América? Escuchad por tanto sin atender al débil conducto por donde os habla la verdad, la religión, el patriotismo, la razón.

¿Qué frenesí, o delirio, qué pestilente vapor; qué negro humo ha cegado a algunos de nuestros conciudadanos y turbado la paz y tranquilidad que disfrutábamos, inspirando el pernicioso espíritu de división bajo el nombre de diferencia entre españoles americanos y europeos españoles? Todos siempre felices porque tranquilos, porque unidos, han dado al mundo ejemplo de fidelidad tanto más firme y constante cuánto más fuertes han sido los lazos de su amor y su lealtad. Felices, si, una y muchas veces si la unión y fraternidad es la guía de sus operaciones, Infelices y desgraciados aquéllos en quienes tuviere entrada el espíritu de división, partido y rivalidad. ¿Habrá quien dude que es vana ilusión, engaño y quimera esa imaginaria diferencia? Que ¿el accidente de tomar existencia en la antigua, o Nueva España, y el de conservar esa existencia en una u otra puede tener influjo en el carácter de almas nobles, o en la variación de costumbres y conducta? Que ¿el americano español sería otro si hubiese debido su ser a la naturaleza bajo el cielo de la antigua España, y el europeo español padecería mutación por que tratase su conservación bajo el cielo de la España Nueva? Unos y otros de uno y otro modo ¿dejan de ser porción apreciables de un mismo cuerpo social?

Corazones débiles, espíritus, mezquinos, huid de los males, efecto preciso de la división; corazones nobles, espíritus grandes, corred en busca de los bienes, consecuencia

necesaria de la unión. Los caracteres preciosos de cristianos, españoles, vasallos de Fernando, habitantes de la América a quien debéis la cuna o la existencia, os tienen impresas las más estrechas obligaciones, la más íntima fraternidad. Discípulos de Jesucristo; todos lleváis una divisa indeleble de unión y miembros de un cuerpo; todos uno, todos iguales camináis a una patria que es de todos. ¿Y convendrán con las máximas del Evangelio, con la pureza de la religión, con la doctrina de los santos la rivalidad y el partido? Españoles: este epíteto apreciable, y con toda su extensión y propiedad aplicable a los americanos tanto como los europeos, os estrecha a la recíproca dependencia de unos a otros, como de hermanos, de padres, de hijos, de íntimamente unos. ¿Y estas relaciones tendrían asonancia con las metafísicas ideas de americanos, y europeos? Vasallos de Fernando ¿ignoráis cuánto encierra esta brevísima expresión? Por ella exige de vuestro amor aún más allá de vuestra existencia. Entended lo que comprenden las voces que repetís de *defensa de la religión, servicio de Dios, libertad de la patria*. ¿Y tendrán analogía con propender a la división? Habitantes de América, importa tanto cuánto corresponder a la gratitud en la existencia por origen o conservación. ¿Y sería conforme a ella no respirar fraternidad?

¿Quién reflexionando en sí mismo podrá decir que de tal modo goza independencia que aún el nombre de ajeno auxilio le sea desconocido? El noble y el plebeyo, el rico y el pobre, el abundante y el necesitado, el abatido y el opulento guardan entre sí el equilibrio de la dependencia. Las artes, las negociaciones, los giros forman un enlace social, una cadena maravillosa, útil, necesaria, dependiente. Verdad a todas luces indudable que presenta otra no menos conocida; el americano del europeo y éste de aquél tienen tanta necesidad, tal conexión, que la felicidad del uno descansa en la conservación del otro. Ved, pues, como el delirio de la división, la demencia de la etiqueta, la insensatez de la rivalidad,

lleva a las desgracias.

Dad a ese fantasma de la distinción entre europeos y americanos el nombre que quisieréis; exageradla hasta el extremo de odio, o enemiga, o suavizadlo al de diferencia, oposición, y etiqueta. Sea lo que fuere ¿dejaréis de conocer que turba el orden social, que destruye la paz pública, que arrolla las leyes todas, y la fraternidad? Desengañaos, hermanos, meditaad sobre vosotros y creed que esa extravagancia es contraria, con una oposición inconciliable, el derecho natural, a los consejos del evangelio, a la justicia, y al honor, y a las máximas de gratitud. ¿Habrà quien quiera que se le caracterice de desconocido a los sentimientos de la naturaleza; que se diga de él que se aparta de la conducta que siguen aún los entes que obran por sólo instinto? ¿Habrà quien lleve a bien que se le de en cara con la injusticia de que atropella el honor y los fueros de la patria? ¿Habrà quien se agrade de llevar de divisa de ingrato y desconocido a sus amigos, a sus deudos, a sus dependientes y allegados?

No hay quien se atreva a negar que innumerables son los americanos españoles y los españoles europeos que con el dictado de hombres de bien, son conocidos por tan recomendables prendas que la mejor elocuencia quedaría escasa en sus encomios. Virtuosos, caritativos, amantes de la justicia, llenos de honor, verdaderos patriotas, y sobre todo, españoles cristianos, no llevan otra idea, no tienen otra mira que el amor social, la unión, la sujeción a las leyes, el temor de Dios, el bien común, la gratitud, el derecho natural. ¿Conocéis en estos ilustres hermanos nuestros esa diferencia, y aún en las voces de europeos y americanos? ¿distinguen otra cosa que el mérito, la virtud y el honor? Y bien ¿quiénes van engañados aquéllos, o los que siguen sendas opuestas? La buena causa ¿en donde se halla? ¿e los que inspiran la unión con la igualdad de hermanos, o en los que comprenden al partido?

Si sois de aquéllos generosos espíritus, nobles corazones, no hablan con vosotros estas exhortaciones; antes bien hay que pedirlos, con seguridad de que así lo haréis, que redobléis vuestros esfuerzos a persuadir con eficaces consejos, y enseñar con vuestro ejemplo el amor recíproco, la obediencia al sabio gobierno en cuya sombra descansa nuestra tranquilidad y felicidades, el respeto a las autoridades legítimas, celosas de nuestro bien, y en una palabra, la pronta correspondencia a las suaves voces de la razón, de la religión, y del honor. Avivad bajo estos principios el entusiasmo de lealtad que forma el carácter de españoles dependientes de la patria madre, y amorosamente unidos entre sí. Influid en todos sentimientos puros de caridad, y mutua confianza, que destierre más allá de lo posible la sombra de desavenencia y discordia.

Pero si por desgracia algún flaco, miserable, de pensamientos ruines y bajos, hubiere caído en la debilidad de dar oído a las roncadas voces de esa diferencia en europeos y americanos, tenga entendido que su indiscreción en escuchar o asentir en barbaridades de tal tamaño, es pernicioso, delincuente, y arrastra a las desgracias. Salga del error de que haya solidez en él. Lejos de que así sea, no tiene más apariencia que la de unas expresiones antojadizas, o desconocidas. Tales son las de *gachupines* y *criollos*. ¿Y no es ridículo empeño dar a semejantes bagatelas tal aire que lo tomen a transcendencias? Cúbrase de rubor y con razón, quien así piensa; avergüéncese aún de sí mismo quien a esta debilidad se dejó conductor de su insensatez. Y cuando confundido en sus propios conocimientos sintiere impulsos que lo inclinen a corregirse; aprecie estos felices momentos, abrigue para que fructifique esta apreciable semilla, fomente estas santas ideas, y llévelas a su última perfección.

No se exige para conseguirla sacrificios grandes contrarrestar dificultades; no la pérdida de comodidades; no la separación de cuánto sea grato a los sentidos, y al corazón.

Lo contrario: que seáis felices, haciéndoos vosotros tales; que gocéis la tranquilidad reposos y sosiego que a manos llenas derrama la paz, la unión, la hermandad; bien sobre todo otro apreciable; bien sobre todo tesoro inestimable, bien sobre toda medida grande; bien sólido; único, inexplicable, y al mismo tiempo tan fácil de conseguirlo como que se encuentra dentro del que quiera buscarlo y gozarlo. Su voluntad es el medio, principio, y fin de todos sus progresos y efectos. Ni os parezca paradoja, es verdad incontestable, es principio seguro.

El taller del odio, la oficina de la enemistad es el corazón del hombre, así como lo es del amor. Ni éste ni aquél llegarían a crecer si uno del todo se apagase, y otro se sujetase y moderase en el momento que hiere el corazón del que ama o aborrece. Efectos ambos de sola la voluntad; ella es quien arregla, reprime, y ordena. Vénzase de todo puntos esos pueriles ímpetus de rivalidad; ahóguense esas vanas y despreciables especies, y sólo este principio facilísimo de propio vencimiento, asegura la victoria, dulce satisfacción de quien la emprende. Este es el verdadero heroísmo, base en que descansa la paz, la tranquilidad y la fraternidad. Hacedos amar amando; propagad la emulación y competencia en amaros recíprocamente, auxiliáros y serviros, y de este modo uno en todos será el espíritu; unas en todas las ideas; uno en todos el deseo; uno en todos el esfuerzo por la buena causa en cuyo obsequio todos ofrezcan su sangre y su vida. Desterrad por tanto amigos, hermanos, paisanos, europeos, americanos; proscribid en vuestros labios y mucho más en vuestros corazones esas despreciables voces *gachupín* y *criollo*, y subrogad en su lugar las agradables, y halagüeñas de españoles fidelísimos, mexicanos leales, discípulos de Jesucristo, virtuosos ciudadanos, vasallos de Fernando, amigos íntimos, hermanos carísimos. ¡Ojala y desde este momento se borren aquéllas aún de la memoria!

Estrechados con tan insolubles vínculos, y unidos con los lazos del amor, amistad y confianza a un santo fin; estad seguros, habitantes de México de que a vuestra heroica y ejemplar lealtad no caerá la mancha de faltar a la palabra tantas veces jurada de ser fieles a su rey, a las potestades que en su nombre nos gobiernan. Sepa esa insolente facción de infelices que a nuestras vecindades ha levantado estandartes de insurrección; sepa que si su voz ha podido aturdir a algunos incautos y arrastrarlos al engaño y a la ilusión; no así en los nobles pechos mexicanos, ni en la multitud de pueblos, ciudades y provincias de esta vastísima dominación española. Entienda que radicada en nuestros corazones la verdad de nuestros santos dogmas, estamos muy lejos de combinar las contradicciones de enarbolar banderas con las sagradas imágenes de Jesucristo y de su benditísima madre, con los crímenes, estragos, y excesos que comete. ¡Atrevidos! ¿cuándo el sacrosanto nombre de Dios ha hecho sombra a crueldades, saqueos, robos, y delitos? Sepa que conocemos sus miras; penetramos sus astucias; no se nos ocultan sus aéreos pero depravados proyectos. Entienda que nuestros corazones leales sabrán hacer frente a la perfidia. ¡Falsos! ¡que tomen el amoroso nombre de Fernando VII y fijen su busto en sus banderas para atentar a su trono y a éstos sus dominios, preciosos más que por sus tesoros, por su lealtad y unión! ¡Que hayan osado poner en movimiento a la tranquila América perturbándole el sosiego que descansaba obediente a las autoridades y gobierno de paz y acierto que la rigen!

Americanos: esforzad vuestro aliento; manteneos firmes en la fe, en la obediencia a Dios, y en la lealtad a nuestro soberano legítimo; avivad vuestros esfuerzos; unid vuestros vosotros al altísimo que protege la justa causa a que os ofrecéis; mostrad del amor de que estáis poseídos; para exigirlo igual de todos; tributad obsequios y servicios de verdadera caridad a todos, para que de todos sea cierta la retribución; haced de todos la amorosa confianza que queréis que todos os depositen. Así no sólo cooperaréis sino que en eso

mismo establecéis y radicáis la paz, tranquilidad, y sosiego que todos debemos propagar. Esto exige el honor; esto dictan las máximas del Evangelio santo que profesamos; esto piden la razón y las leyes; por esto os instan vuestros tiernos hijos, vuestras amantes consortes, vuestros hermanos, vuestras familias; esto os manda el verdadero Dios que adoramos; a esto os guía el ejemplo de los buenos y la doctrina de los santos. Fernando.... Ese bellissimo objeto de vuestro amor esto os ruega. Esto baste.

México 15 de octubre de 1810.— A. L. M.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza  
Rosa América Granados Ambriz  
Raquel Güereca Durán  
Gisela Moncada González  
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado  
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602